

EN EL CASTILLO DE "LAS SEGURAS"

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
(Conde de Canilleros)

EN el ámbito local cacereño, durante los últimos años del siglo XIX y primeras décadas del XX, fue historiador destacado y Patriarca de las Letras Extremeñas —le daban siempre este título en los últimos tiempos— don Publio Hurtado. Lo conocí y traté desde que yo era muchacho. Con sus patillas alfonsinas y sus conceptos ideológicos, era el tipo clásico del liberal de la pasada centuria. Ese liberalismo está patente en su enfoque de la Historia, un poco demoleedor con instituciones y hechos.

Escribió mucho, tanto trabajos literarios como históricos. En esto último, su producción es de indudable mérito, con el defecto, muy de su época, de no mencionar fuentes documentales y bibliográficas. Salvo don Vicente Barrantes, nadie realizó por entonces en Extremadura una labor histórica tan amplia y estimable como la de don Publio. La obra que le dio más fama local fue su libro *Aguntamiento y familias cacereñas*, publicado por entregas entre 1915 y 1918.

Durante mis años de estudiante de Bachillerato con aficiones históricas, don Publio fue para mí una autoridad indiscutida. La valoración más ponderada que pude hacer luego, no mermaron la admiración, respeto y afecto, a los que él correspondió siempre con bondadosa deferencia.

Cuando preparaba la segunda y más amplia edición de su obra *Castillos, torres y casas fuertes de la provincia de Cáceres*, me llamó para encargarme que le hiciese un estudio de los restos arqueológicos que hay en el «Hereditario de Seguras y Mogollones». Fuimos una tarde juntos al Castillo de «Las Seguras», que era entonces propiedad de mi abuela y hoy lo es mía. Ya estaba entonces viejo y mal de la vista. A pesar de todo, recorrimos los dos aquellos parajes. Le hice días después el trabajo, una cosa elemental, rudimentaria, y tuvo conmigo la atención de incluirlo íntegro en su libro y de citarme elogiosamente como colaborador.

Con haber estado juntos muchas veces a lo largo de muchos años, fue aquella tarde primaveral, en «Las Seguras», la que más grabada ha quedado en mi memoria. Fueron varias horas de charla ininterrumpida. El castillo —casa fuerte lo llamaba él— no estaba entonces restaurado, cosa que unos años después hicieron mis padres, bajo mi dirección. Tenía parte habitada por la servidumbre del campo y parte con los techos hundidos. Nosotros residíamos durante las temporadas camperas en la hermosa casa que edificaron en las inmediaciones en el siglo XVII. Aquí estuvimos merendando; pero el resto de la tarde, después de la excursión, la pasamos don Publio y yo en el castillo, sentados en lo alto de la torre del homenaje.

Toda nuestra charla giró —porque yo quise centrarla así— en torno a extremeños más o menos destacados del siglo XIX, que él había conocido personalmente. Me interesaba recoger datos sobre esto de un testigo directo, que era, además, historiador, con una gran inteligencia y con mucho espíritu crítico.

En el castillo de «Las Seguras», don Publio hizo desfilar ante mí el grupo nutrido y heterogéneo de las más populares figuras extremeñas —principalmente, de Cáceres—, alcanzadas por él en la centuria anterior. Desde las guapas mozas de partido a las encopetadas damas, desde los clásicos «tontos» a los auténticos ingenios, desde el prócer derrochador al usurero adinerado, no hubo nombre que no desfilase en su charla, siempre que por algo destacara en su tiempo.

Del millonario prócer cacereño don García de Arce y Aponte, Marqués del Reino, solterón y mujeriego, me contó anécdotas que no son para pasarlas a la letra impresa. Los amores contrariados de una joven aristócrata, la paternidad auténtica de un medio personaje, la broma pesada a un marido condescendiente... ¡Qué se yo cuántas cosas supe de pequeñas historias secretas!

De otras públicas, efemérides, sucesos, vidas y obras, creo que no quedó una sin mencionar.

De cuantas anécdotas le escuché, la más interesante y graciosa no quiero dejar de consignarla, aunque sea repetir, pues la he publicado ya en uno de mis libros. Es relativa a don Nicolás Díaz Pérez, autor del tristemente célebre *Diccionario de Extremeños Ilustres*, publicado en 1884.

Díaz Pérez era de la Baja Extremadura y llegó a tener cierto nombre como historiador, debido en todo a la política, pues en sus libros es difícil encontrar un dato histórico cierto. Para darme idea de cómo trabajaba este fantástico autor, don Publio me contó en «Las Seguras» la siguiente anécdota:

—Un día se presentó Díaz Pérez en mi casa, solicitando unos datos que le eran precisos para escribir con urgencia un trabajo. Yo le dije que no se los podía facilitar, porque iba a utilizarlos y no era justo que el fruto de mis investigaciones lo publicara otro antes que yo. Insistió en la demanda, alegando lo indispensable que le era la publicación inmediata y lo imposible que le iba a resultar escribirlo sin tales datos, ya que ignoraba en absoluto el tema que se había comprometido a tratar; pero mantuve mi negativa. Tuvo, al fin, que marcharse con las manos vacías. A la mañana siguiente volvió a mi casa y me dijo, radiante de satisfacción: «Ya tengo escrito el trabajo de que le hablé ayer; se publicará en seguida». A mí, que no salía de mi asombro, se me ocurrió preguntarle: «¿De dónde ha sacado usted los datos?». A lo que me contestó, soltando la risa y dándose una palmada en la frente: «De aquí».

De allí, de su imaginación, salió casi todo lo que dice en sus libros de Historia.

Fue una tarde inolvidable aquella que pasé con don Publio en el castillo de «Las Seguras». Continué en los sucesivos años viéndole con frecuencia. Seguía trabajando y era el presidente del Ateneo. Fue envejeciendo y llegó a perder casi por completo la vista. No obstante, gozaba de buena salud y aún tenía cierto empaque, con sus patillas alfonsinas, totalmente blancas. De una rápida enfermedad, murió el 6 de Enero de 1929. El entierro fue solemne, y hubo en el Ateneo velada necrológica en su honor.

Los libros de don Publio Hurtado siguen leyéndose y consultándose. Yo también los consulto; pero más datos interesantes que en sus libros, encuentro siempre en aquella larga charla que le escuché en el castillo de «Las Seguras».



VILLANCICOS BARROCOS

¡Ay, qué locura divina!

I

Eres carne enamorada
que el martirio disciplina;
eres sangre alborozada,
titilar de eterna luz;
eres —locura divina—
¡la vida del Hombre en Cruz!

II

El buey, la mula y el can,
contemplan cómo es nacida
tu carne sacralizada,
que mañana será **Pan**.
¡Y es la **Vidal**!

La estrella, el beso y el trino,
admiran cómo es latida
tu sangre sacramentada,
que mañana será **Vino**.
¡Y es la **Vidal**!

III

¡Ay, qué locura divina!
¡Mi loco Dios,
que se hace carne,
que se hace sangre,
por sólo amor!

IV

Eres carne inmarcesible
—arcano de unidad trina—;
eres sangre incorruptible
—pulso de perpetua luz—;
eres —locura divina—
¡la muerte de Dios en Cruz!

V

Angeles, reyes, pastores,
te adoran porque es venida
la gracia del Hombre-Dios,
traspasada de dolores.
¡Y es la **Vidal**!

El indocto y el doctor
te rezan porque es traída
la muerte en Cruz del Calvario,
remisión del pecador.
¡Y es la **Vidal**!

VI

¡Ay, qué locura divina!
¡Mi loco Dios,
que se hace Hombre,
que se hace Cruz,
por puro amor!

FERNANDO BRAVO Y BRAVO

Salamanca, Diciembre 1963